

Informe IBON sobre Cambio de Sistema:
**Capitalismo Monopolista
y Crisis Ecológica**



IBON Center
114 Timog Avenue, Quezon City
Filipinas, 1103.
Teléfono: +632 9277060 to 62 ext. 202
Website: www.iboninternational.org

INFORME IBON SOBRECAMBIO DE SISTEMA:
**CAPITALISMO MONOPOLISTA Y CRISIS
ECOLÓGICA**

IBON International



ISBN 978-971-9941-17-0

Copyright

IBON International 2012

Algunos Derechos Reservados

IBON International posee los derechos sobre esta publicación. Esta publicación puede ser citada en parte siempre y cuando IBON sea acreditada de manera apropiada como la fuente y se proporcione a IBON copias del trabajo final donde aparezca la cita o referencia.

IBON International es la división internacional de IBON Foundation, Inc. Como ONG Internacional IBON Foundation responde a las demandas internacionales para proporcionar apoyo en la investigación y educación de los movimientos populares, así como en el empoderamiento y defensa de las bases, y enlaza estas con redes e iniciativas internacionales.

IBON International inicia e implementa programas internacionales, desarrolla y aloja redes internacionales, inicia y participa en campañas de incidencia internacional y establece oficinas regionales y nacionales donde es necesario y apropiado.



IBON International
3er Piso, IBON Center
114 Timog Avenue, Quezon City
Filipinas, 1103.

Teléfono: +632 9277060 to 62 ext. 202

Telefax: +632 9276981

Website: www.iboninternational.org

eMail: international@ibon.org

Fotografía:

Kris Krüg (kriskrug.com, [flickr.com/photos/kk/](https://www.flickr.com/photos/kk/))

William N. ([flickr.com/photos/three27/](https://www.flickr.com/photos/three27/))

Ray Witlin / World Bank ([flickr.com/photos/worldbank/](https://www.flickr.com/photos/worldbank/))

UK Sustainable Development Commission

Tabla de Contenidos

Parte I	
Naturaleza, sociedad humana y capitalismo global	1
Parte II	
Cambiando el sistema para solucionar la crisis global	19
Parte III	
El papel clave de los movimientos sociales en el cambio de sistema	33

PARTE 1

Naturaleza, sociedad humana y capitalismo global

Existe una creciente conciencia acerca de que la crisis ecológica global está empeorando rápidamente, y de que la actividad económica humana es la principal responsable de ello. Esta conciencia está llevando a un creciente reconocimiento de la necesidad –y urgencia- de cambios profundos y sistémicos en la sociedad.

Algunas propuestas de cambio serias se han generalizado hasta cierto punto. Estas incluyen cambios en los modos de vida y consumo que parecen inmediatamente factibles y viables a nivel de hogares y comunidades, incluso de gobiernos y economías. Por ejemplo, usar bicicletas en vez de coches y comprar solo alimentos orgánicos; cambiar a técnicas de producción más eficientes energéticamente y más respetuosas con la naturaleza; reformar políticas económicas para incentivar tecnologías limpias; y adoptar nuevas maneras de medir el progreso social y el bienestar.

Sin embargo, antes de que estas propuestas sean adoptadas y celebradas como soluciones últimas a la crisis ecológica, debe existir una amplia comprensión de las causas profundas de dicha crisis. Esto requiere una mirada más cercana a nociones y soluciones falsas que pueden diluir e incluso distorsionar el conocimiento que la gente tiene de la crisis y el cambio de sistema.

A. Algunas falacias sobre la crisis ecológica y falsas soluciones de la misma

1. Sobrepoblación

FALACIA: El crecimiento poblacional, especialmente en el Sur, está causando un desastre ecológico. El tamaño de la población debe por tanto ser controlado para reducir el impacto humano en el medio ambiente.

En primer lugar, deben establecerse premisas clave. Es cierto que para mantener a más personas se requieren más recursos, incluso si cada persona consume los mismos bienes e incluso si los avances tecnológicos hacen que la producción consuma menos recursos. Es también cierto que los ecosistemas del planeta son limitados y obviamente no pueden absorber una población que crezca infinitamente. Finalmente, cada sociedad o comunidad tendrá que ver, tarde o temprano, la necesidad encontrar modos de estabilizar su población y adoptar mecanismos para equilibrar las necesidades de su población y la capacidad de su medio ambiente, infraestructuras y tecnologías.

Si bien mantener estas tres premisas es válido, sigue siendo un salto notablemente equivocado el concluir que la “sobrepoblación” es la principal causa de la crisis ecológica actual y que el control demográfico es la solución. Esto resulta obvio por las notables diferencias entre el “escasamente poblado” pero rico Norte global y el “sobrepoblado” pero pobre Sur global, en términos per cápita de consumo de recursos y producción de deshechos. Claramente, las economías ricas del Norte le cuestan al medio ambiente global mucho más que las economías pobres del Sur. Esto desmiente a todas luces la tesis de la “sobrepoblación”.

El problema no es un número de gente que impone una carga humana sobre el medio ambiente, si no la naturaleza del sistema social. La crisis ecológica es causa no solo del crecimiento poblacional como variable independiente, si no de un sistema de producción para obtener beneficios inherentemente irracional y destructivo. Mientras el capitalismo siga intacto, especialmente en su forma monopolista y neocolonial, reducir la población no reducirá significativamente los problemas medioambientales de manera significativa y duradera. El crecimiento poblacional bajo el capitalismo puede ser visto más como un síntoma de falta de control por parte de la gente de sus capacidades productivas y reproductivas.

2. Desarrollo Industrial Moderno

FALACIA: El industrialismo y crecimiento económico son las causas de la crisis ecológica. Las sociedades deben desindustrializarse, girar hacia una producción a pequeña escala y frenar todo crecimiento económico.

Al igual que en la cuestión poblacional, el desarrollo industrial y el crecimiento económico no pueden disociarse de su contexto social específico.

Es cierto que la producción industrial impone muchas consecuencias negativas al medio ambiente. Por ejemplo, a través de la incesante quema de energías fósiles (incrementando la polución y la emisión de Gases de Efecto Invernadero), la creciente escala y ritmo de extracción de recursos (agravando su agotamiento y produciendo deshechos) y la sobreconcentración de la capacidad de producción en las ciudades (empeorando los impactos adversos de la industria en el medio ambiente).

Sin embargo, esta condición solo puede ser correctamente comprendida como un abuso de la producción industrial por parte del capitalismo y el imperialismo, y no como el resultado de métodos industriales racionales. La búsqueda constante de beneficio y acumulación, impulsada tanto por la competición como por el monopolio, empuja a los capitalistas a acelerar y expandir constantemente la producción y los recortes en los costes, incluso si ello significa mayor polución y desechos industriales, una más rápida disminución de los recursos, sobreconsumo y finalmente el sobrecalentamiento de la economía hasta su propio colapso.

La situación es muy similar a un loco conduciendo a toda velocidad por una ladera lo que de otra manera sería una bicicleta segura y sólida, solo porque quiere ganar el primer premio. Si sufre un accidente fatal (lo cual es bastante probable), no deberíamos culpar a la bicicleta si no al loco y al tipo de carrera a la que ha elegido unirse.

En un contexto de desarrollo verdaderamente sostenible, apropiación democrática y producción planeada, la sociedad puede llevar a cabo la producción industrial en modos más ecológicamente benignos y socialmente beneficiosos sin la depredadora motivación por buscar beneficios y la competición.

Los actuales parámetros de la producción industrial y el crecimiento industrial, incluyendo decisiones tan importantes como el tipo y escala apropiada de tecnología, pueden por tanto ser acordadas y ajustadas por la sociedad en base a las necesidades presentes y futuras de sus pueblos y del medio ambiente. Se deben esperar variaciones de país a país, y particularmente entre un norte fuertemente industrializado y un sur todavía en desarrollo, y hacer ajustes en consecuencia.

No habrá por tanto lugar para tecnologías, métodos y modelos de producción industrial rígidos y dogmáticos.

3. Capitalismo verde

FALACIA: El Capitalismo puede ser sostenible. Los problemas medioambientales creados por el capitalismo pueden ser solucionados en su seno a través de los mercados y derechos de propiedad, regulaciones e inversiones públicas y avances tecnológicos.

Las estrategias para una “transformación” sostenible del capitalismo no se unen en un solo enfoque. Generalmente, pueden dividirse en tres enfoques.

El primero es aquel que puede llamarse “medioambientalismo de mercado”. Se centra en movilizar el mecanismo del mercado y los derechos de propiedad privada para solucionar problemas medioambientales. Ve los problemas medioambientales como el resultado de la “tragedia de los comunes”: dado que muchos recursos naturales son de propiedad pública y de libre uso para cualquier miembro de la comunidad, no hay incentivos para protegerlos o usarlos más prudentemente.

La solución orientada al mercado es establecer derechos de propiedad privada en el recurso y dejar que el mercado determine el precio -que se considera representativo del valor asignado al mismo por la sociedad-. En resumen, si necesitas algo, prepárate a pagar por ello a precios establecidos por el mercado. Quienes pagan ganan el derecho a utilizar dichos recursos. Un ejemplo común es el sistema europeo de intercambio de carbono, en el que el derecho a contaminar la atmósfera se asigna a la economía a través de la compra y venta de permisos de emisión. El mismo mecanismo de mercado se está aplicando a otros recursos o servicios de los ecosistemas como el agua o la capacidad de retener carbono de los bosques.

Un segundo enfoque podría llamarse “el Keynesianismo verde”. Se centra en la inversión gubernamental en una infraestructura medioambientalmente limpia y en las energías renovables, sin abolir necesariamente las industrias “marrones” de un plumazo. Se espera que dichas inversiones impulsen la recuperación de las economías individuales de los países y la economía global tras la crisis de 2008 – 2009, redirigiendo el crecimiento hacia líneas más verdes y medioambientalmente sostenibles y creando trabajos verdes. Otros instrumentos políticos incluyen la retirada de subsidios perversos a los combustibles fósiles, cambiar impuestos de “bienes” económicos (p. ej. el ingreso) a “males” económicos (p. ej. la polución), regulaciones medioambientales mejoradas y la regulación del sector financiero.

Un tercer enfoque podría llamarse “optimismo tecnológico”. Es la idea de que los avances tecnológicos por sí mismos, como las balas de plata para matar un monstruo, superarán los límites y problemas medioambientales. Las firmas biotecnológicas dicen, por ejemplo, que entre los caprichos del cambio climático y los desechos industriales, su ganado, microorganismos y cosechas genéticamente modificadas pueden tener un papel clave en alimentar el mundo y limpiar la polución.

Otro ejemplo es la creencia en que los avances tecnológicos, como los entornos de trabajo digitales de alta tecnología y los métodos de producción, harán decrecer el consumo de energía y recursos de la economía, permitiendo finalmente a la economía a crecer sin límites sin tener que preocuparse por el agotamiento de recursos.

Otro ejemplo más es la geoingeniería o la manipulación a gran escala de los ecosistemas de la Tierra, orientada a contrarrestar el calentamiento global y el cambio climático. Las tecnologías de la geoingeniería intentan bien reducir la radiación solar absorbida por la tierra protegiendo al planeta de la luz solar a través de medios químicos y mecánicos (p. ej. escudos sulfúricos, abrillantado de las nubes, parasoles espaciales...) o bien reducir las emisiones de GEI ya presentes en las atmósfera a través de su captura masiva (p. ej. enriqueciendo los océanos con nutrientes de hierro para potenciar el crecimiento de algas que absorben carbono) en vez de reducir emisiones directamente en las fuentes.

El principal problema con estos enfoques es que solamente intentan redirigir el problema de la búsqueda de beneficios lejos de tecnologías e industrias desacreditadas hacia industrias y tecnologías verdes más

aceptables. Se apoyan en la búsqueda de beneficios para reformar el capitalismo hacia una economía verde, en vez de tratar las causas centrales de insostenibilidad, que son precisamente el gobierno de los beneficios y las desigualdades sociales que genera o agrava.

A pesar de que las ideas y prácticas arriba mencionadas tratan de dar a la sociedad la impresión de un futuro más sostenible, no añaden nada a una solución sistémica que abarque ampliamente la crisis ecológica como una crisis del sistema. Son meros parches, como si familias individuales pusieran sacos de tierra en su casa mientras todo el sistema de diques se colapsa a causa de las inundaciones. Las soluciones rápidas pueden proporcionar algo de alivio al problema, pero también pueden ser peligrosas si llevan a la gente a asunciones falsas mientras los problemas básicos siguen sin tratarse y crecen volviéndose incluso peores.

Mientras el sistema siga anclado en el crecimiento continuo, ello llevará a más agotamiento de recursos, degradación ambiental, desigualdad social y crisis.

B. ¿Cómo afectan la producción y la tecnología al medio ambiente?

La crisis ecológica es extremadamente aguda y lo abarca todo pues tiene sus raíces en el modo en que nuestras sociedades se organizan para producir. Empezaremos por tanto un análisis rápido de la relación de la especie humana con la naturaleza, particularmente en cómo se expresa en la producción y la tecnología. A continuación pasaremos a revisar como este nexo se ha convertido en algo crecientemente problemático bajo el actual sistema de producción. El desarrollo capitalista ha llevado a un conflicto con los pueblos y entornos del mundo, especialmente en su evolución hacia el capitalismo monopolista o imperialismo moderno de la actualidad.

1. ¿Cuál es la relación de la humanidad con la naturaleza?

En el sentido más fundamental, la humanidad pertenece a la naturaleza. Para empezar, somos solo una de una miríada de especies que evolucionaron con el planeta. Incluso con nuestros éxitos evolutivos y tecnológicos, al igual que las otras especies dependemos en última instancia de los procesos

naturales del planeta que sustentan las condiciones para la vida. Además, como seres inteligentes, tecnológicos y muy sociales tenemos no solo las necesidades biológicas básicas como el aire, el agua y la comida, sino también la necesidad de cobijo, abrigo y las herramientas y materiales para servir a estas necesidades. Las sociedades humanas dependen de climas favorables, entornos habitables y recursos utilizables. Nuestra supervivencia está por tanto ligada al resto de la vida en el planeta. No podemos en consecuencia separarnos del resto de la naturaleza.

Y sin embargo hay una tensión inherente entre la humanidad y el medio ambiente. Todas las especies, interactuando constantemente con su entorno, contribuyen a cambiarlo. Consideremos, por ejemplo, como ciertas bacterias y plantas en las primeras edades de la Tierra contribuyeron a generar suficiente oxígeno en el aire para permitir la vida animal. A diferencia de otras formas de vida, sin embargo, nosotros somos más capaces de dañar las fuerzas y recursos naturales para conseguir propósitos humanos –que ya no son solo imperativos biológicos si no necesidades sociales y deseos evolucionados-, que a cambio incitan a las sociedades humanas a desarrollar aun más la producción y a transformar su entorno.

Esta actividad humana llamada producción (pero no solo ella) afecta al medio ambiente a velocidades más rápidas y a escalas eventualmente más grandes, dadas nuestras distintivas capacidades para el lenguaje, el pensamiento complejo y la tecnología. Nuestro sistema de producción y organización social ha cambiado por tanto la superficie de la tierra de manera mucho más sistemática y ampliamente y ha llevado a una crisis climática y a otros desastres medioambientales que nos afectan a día de hoy.

En el proceso de modificar el medio ambiente, los seres humanos también transforman su propia condición, no solo en términos de creación de nuevas necesidades, si no también creando nuevas relaciones sociales. A pesar de que los humanos han estado en el mundo desde hace varios miles de años, las transformaciones más profundas en el medio ambiente y las sociedades han ocurrido tan solo en los últimos dos siglos y medio, con el advenimiento de las tecnologías e industrias modernas.

2. ¿Cómo han afectado las tecnologías e industrias modernas al medio ambiente?

Los últimos 150 años, distintivamente caracterizados por la Revolución Industrial, desencadenaron cambios profundos en las sociedades humanas y su relación con el medio ambiente. El auge de la ciencia y la tecnología modernas y la industria moderna incrementaron notablemente la capacidad humana para explotar el medio ambiente y expandieron los bienes y servicios disponibles para el disfrute humano más allá de las necesidades de subsistencia.

La ciencia moderna encabezó la producción de conocimiento acerca del mundo natural en base a observaciones sistemáticas, la razón y la verificación. Las invenciones e innovaciones, especialmente aquellas centradas en el uso productivo de máquinas y de energías fósiles, formaron la base tecnológica de la industria moderna y de su rápido crecimiento, originándose en el Siglo XVIII en Europa Occidental. Del Siglo XIX en adelante, los avances científicos y tecnológicos fueron sistemáticamente aplicados a las industrias y gobiernos (tanto para necesidades civiles como militares), que a cambio comenzaron a emplear activamente la ciencia para el desarrollo tecnológico y de aplicaciones.

La difusión de la ciencia y tecnología modernas ha tenido efectos duraderos en la vida social y económica actual. La mecanización y automatización de la industria, la agricultura y los servicios, junto al creciente uso de energías fósiles como la principal fuente de energía, permitió la producción a gran escala de alimentos y otros bienes. Los desarrollos en servicios públicos, como el transporte y la comunicación, incrementaron la movilidad, el comercio y nuevas necesidades en los consumidores. La electrificación proporcionó industrias crecientes y áreas urbanas con suministro energético constante. Los avances en la química, biología, física e ingeniería permitieron la producción en masa barata de materiales sintéticos para la industria y la agricultura (incluyendo nuevos alimentos, bebidas, medicamentos, telas, etc.) y medios de comunicación de masas baratos que a cambio ayudaron notablemente a desarrollar el gusto del público consumidor por estos productos.

El potencial de la ciencia, la tecnología y la industria modernas para satisfacer plenamente necesidades humanas básicas, mejorar los estándares de vida e incluso eliminar la privación e ignorancia humanas es fácilmente

visible; y en algunos casos así lo han hecho, por ejemplo, la creciente capacidad de producir alimentos, curar enfermedades y proporcionar servicios sanitarios que han hecho caer las tasas de mortalidad. La media de la esperanza de vida global se ha doblado en el último siglo, de solo 31 años en 1900 a 65 años hoy . La población global también ha crecido hasta 7 billones, desde solo un billón a principios de la era industrial.

Sin embargo, muchos problemas medioambientales y de gran escala han sido parte del avance de la industria y la tecnología modernas. Los procesos económicos y sociales desde la Revolución Industrial han causado cambios rápidos, extensos y sin precedentes en el medio ambiente, fundamentalmente para satisfacer las crecientes demandas de tierra, bienes de consumo y bienes de producción de la población y la economía, lo que significa extraer tremendas cantidades de recursos naturales.

Estos procesos están sobrepasando y arrollando las capacidades del planeta y los límites medioambientales. Actualmente, la producción y el consumo están usando recursos y produciendo desechos un 50% más rápido de lo que el planeta puede regenerar y absorber . Las tasas insostenibles de uso de recursos y producción de desechos están provocando cambio climático, pérdida de biodiversidad, deforestación, degradación del suelo, producción química y el agotamiento del agua potable, los bancos de pesca, las energías fósiles y los minerales.

Los cambios medioambientales producidos por la humanidad, como el cambio climático a causa de las emisiones de gases de efecto invernadero, ya están ocurriendo a escala global. Nuevos cambios podrían presionar cualquiera de los otros sistemas del planeta hacia límites que llevarían potencialmente a un cambio abrupto o irreversible. Estos cambios ambientales pueden hacer que la adaptación de los humanos y de otras especies sea imposible. Un reciente intento para definir un “espacio de operaciones seguro para la humanidad” estima que de nueve de los sistemas básicos para la vida del planeta identificados como esenciales para la supervivencia humana, tres ya han visto sus límites superados, incluyendo el cambio climático y la pérdida de biodiversidad .

Además, a pesar de los considerables avances en el bienestar humano, los beneficios de la modernización no han sido repartidos equitativamente entre las regiones y países del mundo. La difusión de la ciencia, tecnología e industria modernas ha sido acompañada por una pobreza, hambruna y

subdesarrollo generales. Cerca de un billón de personas sufren hambre a día de hoy. Un billón de personas no tiene acceso a fuentes de agua potable y 2.2 billones no tienen acceso a sistemas de saneamiento. Un billón de personas no tienen acceso a sistemas sanitarios y cerca de 1.4 billones todavía no tiene acceso a electricidad. Alrededor de tres billones de personas viven con menos de 2,50 Dólares diarios.

Mientras tanto, la brecha económica se hizo más amplia entre países desarrollados y subdesarrollados. De acuerdo al Informe de Naciones Unidas de 1999, publicado por el PNUD, la proporción entre los ingresos medios en los cinco países más ricos y los cinco más pobres se incremento de un 30:1 en 1960 a un 74:1 en 1997. Esta tendencia continuó el patrón de la ampliación de las desigualdades entre naciones en los siglos XIX y XX. El mismo informe del PNUD cita las diferencias de ingreso entre las primeras y últimas naciones como de 3:1 en 1820, 7:1 en 1870 y 11:1 en 1913 .

Y no es simplemente que los beneficios sean desiguales, si no que las personas de hecho sufren por ello. La mecanización y automatización, en efecto, hace sustituible el trabajo humano, permitiendo a los explotadores devaluar el trabajo y reducir los salarios. El trabajo es degradado y los trabajadores discapacitados. La agricultura de estilo industrial desplaza buena parte del trabajo manual y permite que amplias extensiones de tierra sean concentradas en menos manos. Los campesinos desposeídos son forzados a desplazarse a las ciudades para buscar trabajo y acaban uniéndose a las filas de trabajo barato de los desempleados. Los avances en ciencia y tecnología han sido utilizados para inventar y producir armas de destrucción masiva. Los ferrocarriles, barcos y otras tecnologías de transporte modernas han ayudado también a la explotación de los entornos del mundo facilitando la extracción de recursos y el comercio desigual.

3. ¿Son la industria, ciencia y tecnología modernas responsables de la crisis ecológica, así como de la injusticia social?

Algunos progresistas bien informados mantienen que la ciencia y la tecnología per se son responsables de la relación disfuncional y destructiva de las sociedades modernas con el medio ambiente. Muchos citan la llamada “visión occidental del mundo” que concibe a los humanos y la naturaleza como fuerzas en conflicto, con la naturaleza siendo objeto de dominación de la humanidad. También culpan a la visión mecanicista de la ciencia

occidental que trata a la naturaleza como un asunto mecánico, pasivo y maleable. Dichas visiones supuestamente justifican que las sociedades humanas hagan cualquier cosa al medio ambiente mientras que proporcione beneficios a los humanos. Otras visiones culpan al “industrialismo”, o el punto de vista ideológico basado en la poderosa dominación de la producción industrial y su constante énfasis en producir a escalas cada vez mayores.

Hay muchos elementos válidos en estos argumentos, pero son incompletos y engañosos si la crítica social se detiene en estos niveles. La ciencia, la tecnología y los métodos de producción siempre se desarrollan en contextos sociales particulares. Son productos de modos de producción previamente dados.

Por tanto, para tratar las raíces de la crisis sistémica global que afecta a entornos y poblaciones enteras, debemos tratar el modo de producción que ha prevalecido durante los últimos siglos. Es decir, debemos entender el capitalismo, y a nivel global, el imperialismo.

C. C. ¿Cómo han causado el capitalismo y el imperialismo la crisis ecológica?

1. ¿Cuáles son las características definitorias del modo de producción capitalista?

La producción industrial moderna, con sus maquinarias a gran escala impulsadas fundamentalmente por motores basados en energías fósiles y empleadas mayormente en la producción en masa, es una característica importante del capitalismo. Pero la producción industrial no define la totalidad del capitalismo.

La producción generalizada de mercancías es otro elemento importante del capitalismo, que habitualmente es descrito como una economía donde el grueso de los bienes y servicios producidos se compran y venden como mercancías en el mercado. En este tipo de economía, la gente necesita dinero para comprar bienes y servicios en el mercado, mientras que las firmas producen bienes y servicios solo en el momento en el que estos se convierten en mercancías vendibles. Pero ello es solo posible en condiciones en las que la mayoría de las comunidades no pueden producir lo que necesitan para

satisfacer sus necesidades básicas por sí mismas –tal y como era posible en las sociedades locales agrarias autosuficientes- si no que deben comprarlas en el mercado. Así que no tienen más remedio que trabajar por un salario para poder comprar lo que necesitan en el mercado.

Llegamos por tanto al núcleo del capitalismo. Bajo este sistema la mayoría de la gente no posee recursos sustanciales para la producción excepto su capacidad de trabajo. Mientras tanto, los medios de producción y distribución de bienes (la tierra, las materias primas, las fábricas, la tecnología, la financiación, etc.) son de propiedad privada y están controlados por una pequeña fracción de la población –la clase capitalista- con sus derechos de propiedad garantizados y protegidos por el estado. Los trabajadores deben vender su fuerza de trabajo a empresas privadas que los emplean en la producción. Los trabajadores crean nuevo valor al producir nuevos bienes, que son apropiados por el capitalista y su valor extraído como beneficio. A cambio, los trabajadores reciben un salario, con el que compran mercancías que necesitan para sobrevivir.

La economía capitalista funciona a través de empresas de negocios, típicamente en forma de corporaciones privadas, aunque muchas corporaciones públicas también operan a la manera capitalista. Los trabajadores y gestores de cada firma organizan la producción, decidiendo qué, cuanto y de qué modo se produce. Para ellos, los trabajadores que realizan el trabajo son solo uno de los diversos factores de producción.

Si las necesidades humanas se satisfacen de hecho con los bienes y servicios producidos no es la preocupación principal de los capitalistas, si no lograr beneficios. Algo de los beneficios va a parar a los dividendos de los accionistas y a los gruesos salarios de los administradores, mientras que buena parte de los mismos son reinvertidos en la producción para mantener y expandir el negocio, esto es, para sostener y expandir el ciclo de creación de beneficios. Desde el exterior vemos a los exitosos capitalistas amasando riquezas y expandiendo sus negocios. En el interior, vemos sus negocios volverse más intensamente centrados en el capital mientras su capital constante (plantas, equipamiento y materias primas) sigue creciendo, al mismo tiempo que el capital variable (salarios) sigue decreciendo.

La búsqueda de beneficios no es solo avaricia individual, sino un imperativo de competición entre capitalistas. Aquel que tenga más capital adquiere más impulso con el que reducir los sueldos de los trabajadores,

reducir otros costes de producción, expandir su escala de producción, prevalecer sobre los rivales y por tanto lograr obtener más beneficios, en un ciclo aparentemente incesante. Para un capitalista no mantener el ritmo en la competición logrando beneficios y acumulando más capital es arriesgarse al fracaso y la bancarrota. De ahí la preocupación capitalista por incrementar beneficios y expandir el negocio.

2. ¿Por qué el capitalismo es incompatible con la sostenibilidad medioambiental?

El capitalismo es un sistema inherentemente expansivo dado que su particular forma de acumulación de riqueza, la obtención de beneficios a través de la producción en masa de productos, no conoce límites y debe seguir expandiéndose por necesidad solo para mantener la rentabilidad. Las firmas capitalistas deben buscar constantemente expandir la producción, las ventas y la cuota de mercado si desean sobrevivir y tener éxito en medio de una competición feroz. El consumo de bienes y servicios debe también incrementarse junto con la producción. A corto plazo, el capitalismo tiende a sobreproducir. A nivel macroeconómico, esta expansión se ve como crecimiento económico, medida mediante el Producto Interior Bruto (PIB). Pero al mismo tiempo, el capitalismo intenta constantemente reducir el salario de los trabajadores y trabajadoras como medio para mantener la rentabilidad, reduciendo las necesidades de capital.

Las crisis de sobreproducción ocurren en el sistema capitalista cuando la reducción de los ingresos de los trabajadores les impide comprar lo que producen. Expandir el suministro de dinero y suavizar el crédito para los consumidores y capitalistas para incrementar la producción y especulación puede parecer funcionar por un tiempo. Pero hay límites a la capacidad del capital financiero para proporcionar una solución rápida. Cuando los beneficios menguan y la expansión se estanca, el sistema cae en crisis. El flujo de dinero y trabajo se congela, las fábricas se paralizan y los trabajadores son despedidos. En esas condiciones, la prioridad de la agenda capitalista es como reimpulsar la estancada economía y reanudar el ciclo de crecimiento.

El capitalismo, por tanto, tiene una relación fundamentalmente contradictoria con el medio ambiente, pues su naturaleza expansiva implica una aun mayor explotación de los recursos naturales, una aun mayor producción de desechos de la industria y la agricultura y un aún mayor consumo que también produce desechos, los cuales son completamente

anormales y excesivos en comparación con las necesidades normales de las poblaciones y la carga que puede soportar el medio ambiente, pero son absorbidos por los ciclos naturales. Sin embargo el medio ambiente tiene límites en su capacidad para proporcionar recursos y absorber desechos, y tiene niveles críticos y umbrales que no deben ser alcanzados o traspasados de cara a mantener su integridad y adecuado funcionamiento. Esta contradicción se manifiesta como problemas medioambientales entrelazados –contaminación, agotamiento de recursos, colapso de los ecosistemas y otros cambios medioambientales- que ponen en peligro la sostenibilidad de la vida en general a largo plazo y la supervivencia de especies particulares.

La competición, la búsqueda de beneficios y la sobreproducción hacen de la producción capitalista algo inherentemente irracional, solo posible por la práctica igualmente irracional del colonialismo para proporcionar materias primas de otras tierras que a su vez se convertían en mercados para el exceso de producción y capital. A pesar de los argumentos filosóficos que argumentan lo contrario, las necesidades humanas son saciables y pueden satisfacerse de manera sostenible dentro de límites medioambientales, tal y como prueba la práctica de muchas sociedades pre capitalistas. Pero las empresas capitalistas producen no para satisfacer necesidades si no para lograr beneficios. Son la rentabilidad y el potencial de mercado los que dictan cuando, donde y como deben asignarse los recursos. Miles de empresas individuales toman sus propias decisiones sobre uso y producción de recursos de cara a buscar ventajas de mercado temporales y la máxima rentabilidad, sin ningún sentido general sobre las necesidades sociales y como gestionar racionalmente sus recursos totales. Por tanto encontramos recursos usados en actividades no productivas (como la especulación financiera), o bienes y servicios de lujo, mientras necesidades humanas de carácter urgente quedan insatisfechas.

Además, el constante esfuerzo por parte de los capitalistas para mantenerse por delante de los competidores lleva a la sobreproducción. Las empresas capitalistas invierten constantemente en tecnologías nuevas que mejoran la productividad y ahorran trabajo de cara a producir más bienes a menor costo. Pero mientras disminuye la fracción laboral de la producción, el sistema se encuentra produciendo nuevos bienes que no pueden ser vendidos de manera rentable en el mercado. Esto lleva al sistema a crisis periódicas de sobreproducción, que solo son resueltas temporalmente a través del estancamiento o destrucción de la capacidad productiva en espera de que la sobrecalentada economía vuelva a enfriarse.

Dicho esto, podemos considerar al capitalismo como un sistema derrochador a nivel medioambiental, destructivo e ineficiente.

3. ¿Cómo se ha expandido el conflicto capitalista con el medio ambiente a una escala global?

La expansión global de la crisis ecológica se produce por la expansión global del capitalismo a través del colonialismo, finalmente en la forma de capitalismo monopolista o imperialismo.

La industrialización intensificó notablemente la demanda de materias primas en Europa Occidental y los Estados Unidos, lo que presionó a estos poderes occidentales para adquirir posesiones coloniales. A finales del Siglo XIX las empresas dominantes formaron Cárteles, se fusionaron con bancos y se convirtieron, por tanto, en monopolios gigantes con apetitos aun mayores y más insaciables por los beneficios, la acumulación de capital, nuevas fuentes de materias primas, trabajo barato y nuevos mercados.

Por tanto, bajo el capitalismo monopolista, el capital ha quedado tan concentrado en Europa, América del Norte, Japón y Australia (el “Norte Global”) que una mayor acumulación solo puede ser posible exportando capital allende los mares, no solo exceso de producción, particularmente hacia los países agrícolas y desindustrializados de Asia, África y América Latina (el “Sur Global”), que originalmente eran solo fuentes de materias primas.

Debido al alcance internacional de las operaciones monopolísticas, los grandes bancos y negocios necesitan que sus gobiernos ejerzan una influencia política más fuerte o un control directo sobre amplios territorios extranjeros, asegurando así condiciones favorables para sus inversiones y comercio. Necesitan garantías de que sus propiedades en el extranjero no sean expropiadas, sus transacciones y contratos sean respetados, sus préstamos sean repagados y sus beneficios fluyan sin obstáculo. Para ello deben emplear los inmensos poderes coercitivos del estado imperialista. El capitalismo monopolista por tanto opera directamente a través de sus corporaciones transnacionales (CT) así como a través de sus estados.

El colonialismo y neocolonialismo denegaron a los países del sur el derecho a poseer y controlar sus recursos. Sus economías fueron transformadas desde sistemas -incluso pre capitalistas - diversificados y

autosuficientes en economías atadas al sistema capitalista mundial. Estas economías del sur, supuestamente soberanas y en desarrollo, eran de facto sobredependientes del norte por la necesidad de mercados, capital, préstamos y ayuda al desarrollo. Al mismo tiempo, las operaciones capitalistas por las CT y otras grandes empresas de negocios en el Sur han resultado en la devastación ecológica y el agotamiento de la tierra y otros recursos naturales, afectando a las vidas y medios de vida de sus innumerables comunidades.

El capital monopolista ha creado por tanto una economía mundial integrada dividida en numerosos estados nación que ocupan posiciones fundamentalmente diferentes en la división internacional del trabajo. Este sistema está dominado por el capital monopolista basado en países imperialistas donde se concentran el capital financiero, las industrias clave y las más avanzadas tecnologías. Los países imperialistas son a su vez centros de sobreconsumo.

Unos pocos países de ingreso medio –algunos de ellos antiguos países socialistas- han desarrollado su base industrial nacional. Son lugares preferidos para el empleo intenso y el ensamblaje altamente contaminante de manufacturas menos sofisticadas y, crecientemente, para servicios externalizados de las economías principales, como la gestión de negocios y las tecnologías de la información. Los países de bajo ingreso siguen dependiendo notablemente de la agricultura, los recursos naturales y las industrias extractivas, que también están dominadas por el capital extranjero y dependen de los mercados extranjeros.

Este sistema económico global permite a las Corporaciones Transnacionales difundir y mantener patrones insostenibles de producción y de uso de recursos en todo el mundo.

Por ejemplo, el modelo industrial de la agricultura sigue estando dominado por una serie de gigantes del norte que operan en la agroquímica, el procesado y la distribución de alimentos a través del control de un sistema de alimentación globalmente integrado. La agricultura industrial se basa en el monocultivo, particularmente en cosechas y ganado modificados mediante alta tecnología y dependientes de tecnologías y agroquímicos a gran escala. Su objetivo es impulsar la productividad y los beneficios, y producir alimentos estandarizados para mercados grandes y acaudalados.

Este tipo de agricultura capitalista surgió y logro ser dominante en el Norte y algunas partes del sur en las que funcionan bien las grandes plantaciones de cosechas de exportación como el azúcar, el algodón, el cáñamo, el café, el té y el caucho. La mayor ofensiva de la agricultura industrial en el sur comenzó, sin embargo, en 1950 con la Revolución Verde –un modo de producción de alimentos que enfatizaba el uso de variedades altamente productivas de diferentes cosechas, ganado y pescado, que exigía a cambio una importante aplicación de pesticidas y fertilizantes, antibióticos y otros agroquímicos.

Las consecuencias medioambientales de la agricultura industrial son legión. Los monocultivos y las modificaciones genéticas están reduciendo la biodiversidad, los químicos y combustibles fósiles contaminan el suelo, el agua y el aire, y los requisitos para el envío, procesamiento y almacenamiento contribuyen a incrementar las emisiones de carbono. Estos impactos medioambientales están a la cabeza de los impactos sociales negativos como la pérdida de seguridad alimentaria local y nacional, la erosión de la agricultura a pequeña escala y el acaparamiento de tierras masivo.

El infradesarrollo del Sur, donde vive el 80% de la población mundial, y la dominación económica y política de los poderes del norte, se mantienen a través de desigualdades sistémicas en el comercio, la deuda, los patrones de inversión y los derechos de propiedad a través del capitalismo monopolista. Las políticas de la globalización neoliberal impuestas por instituciones multilaterales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio durante las últimas tres décadas han ayudado notablemente a las empresas monopolísticas a asegurar y expandir sus posesiones en el sur y a acelerar la explotación de las personas y los recursos naturales de estas áreas.

PARTE 2

Cambiando el Sistema para Solucionar la Crisis Global

En el sistema capitalista el objetivo de la producción es proporcionar riquezas y beneficios siempre crecientes a pequeñas élites financieras e industriales que monopolizan de hecho el grueso de los medios de producción. En él, el mundo natural solo tiene valor en tanto que puede ser explotado para los procesos de acumulación de riqueza o, según el actual discurso de la “economía verde”, tiene valor en tanto pueda asignársele un precio monetario de modo que pueda ser oficialmente facturado dentro del proceso de contabilidad capitalista.

El capitalismo es predicado sobre la base de un crecimiento incesante, que consume recursos y produce deshechos a escalas cada vez más grandes independientemente de la carga ecológica. Y dado que asigna recursos a lo que produce beneficios en vez de a lo que es socialmente necesario, es inherentemente irracional y derrochador.

En consecuencia, cualquier solución sistémica debe darse en el contexto de encontrar alternativas al capitalismo y al imperialismo.

A. ¿Cuáles son los requisitos fundamentales del cambio de sistema?

En primer lugar, hay necesidad de llevar a cabo una transición ecológica que implica a las actuales tecnologías y medios de producción. Para lograrlo, y como segundo requisito, es necesario transformar el carácter

de la producción cambiando las estructuras de propiedad, control y toma de decisiones, y reorientando la economía desde la producción para lograr beneficios hacia la producción para satisfacer las necesidades humanas. En tercer lugar, hay necesidad de definir un modo de vida sostenible.

1. ¿Cómo debe alcanzarse un modo de vida sostenible?

Los métodos dominantes de producción y uso de recursos asociados con el capitalismo global están dañando los ecosistemas del mundo de manera innegable. Este no es argumento, sin embargo, para abandonar por completo la ciencia, la tecnología y la industria modernas. El problema no son la ciencia y la tecnología per se, si no su puesta al servicio del capitalismo para usos socialmente explotadores y medioambientalmente dañinos y, en último extremo, que en última instancia destruyen las condiciones que sostienen la vida humana. La cuestión es cómo asegurar una aplicación prudente de tecnologías y métodos de producción actuales y transformarlos finalmente en el contexto de una sociedad donde la producción es social y ecológicamente racional.

La ciencia es indispensable para un desarrollo humano a todos los niveles. Pero, como cualquier otra herramienta humana, debe funcionar y crecer de manera holística, es decir, de maneras mucho más profundas e integradas: debe reflejar los sistemas naturales, los sistemas sociales que crecen sobre ese sustrato natural, y como cada parte (incluyendo formas específicas de la actividad humana) afecta a un todo dinámico y en evolución.

Cuando el capitalismo monopolista es reemplazado por un sistema más ecológicamente sostenible y socialmente equitativo la reorientación de la tecnología y la producción de nuevas tecnologías puede darse. La innovación y la creatividad, liberadas de los imperativos capitalistas de competición, rentabilidad y captación de mercados, deberían dar lugar al libre y completo desarrollo de tecnologías social y medioambientalmente beneficiosas. No solo en comunidades científicas y tecnológica profesionales e institucionales, si no en los lugares de trabajo, escuelas y comunidades, la gente debe poder impulsar su propio poder para diseñar, evaluar o seleccionar tecnologías de acuerdo a los objetivos definidos de la comunidad.

Sin embargo, como tratar con las viejas estructuras de producción seguirá siendo un gran desafío. Los métodos extremadamente destructivos y generadores de carbono, como la tala de antiguos bosques, la pesca

industrial, la energía nuclear, la minería abierta y las industrias químicas altamente tóxicas tendrán que ser detenidos lo más pronto posible. Sin embargo, no se pueden cambiar rápidamente y de una vez estructuras complejas. Por ejemplo, las economías en desarrollo necesitarán la minería, el acero, maquinaria e industrias de automoción para modernizar su propia producción y transporte general en lugar de importaciones. Por tanto, la sociedad debe llevar a cabo un periodo de transición donde los sectores y métodos más problemáticos queden obsoletos, mientras que otras tecnologías existentes sean adoptadas (probablemente ajustadas para hacerlas más democráticas y ecológicas) y nuevos métodos más sostenibles se introduzca y expandan.

En la agricultura, la producción debe ser liberada del cultivo a gran escala, altamente mecanizado, intensivo en uso de químicos y basado en monocultivos (agricultura industrial), para ser conducida hacia métodos de producción ecológicos y sostenibles (habitualmente definidos como “agroecología”), que conserven los ecosistemas locales y el conocimiento tradicional y utilicen tecnologías apropiadas controladas por los agricultores.

A nivel nacional, en las comunidades rurales e incluso en distritos urbanos adecuados para la agricultura, el gobierno debe promover cultivos nativos o específicos de la zona, ganado, acuicultura y métodos de producción relacionados; mejorar la conservación del suelo y del agua; promover cultivos innovadores, jardinería a pequeña escala y una gestión holística de plagas y desechos; salvaguardar la diversidad biológica; y reducir el uso de combustibles fósiles e insumos químicos sintéticos. Deben promoverse sistemas de multifuncionalidad agrícola y de agricultura integrada.

En las industrias extractivas, productivas y de la construcción, la productividad debería incrementarse continuamente no necesariamente para incrementar los resultados si no para reducir los aportes de trabajo, energía y materias primas, así como imponer límites estrictos a la generación de residuos y al impacto medioambiental. El exhaustivo reciclado de productos de desecho y su reincorporación al ciclo de producción debe ser promovido y desarrollado gradualmente como una rama sustancial de la industria por derecho propio. Los productos deben ser designados para durar más. Deben ser más seguros y ecológicos en su uso, y menos costosos y más accesibles para el usuario a la hora de mantenerlos y repararlos. En general, las mejoras en los resultados industriales deben medirse no tanto en relación

a la simple cantidad si no en calidades más orientadas al beneficio humano, como usabilidad y sostenibilidad ecológica.

En cuanto a la producción, distribución y consumo de energía, las sociedades deben eliminar gradualmente la energía basada en combustibles fósiles a la vez que incrementan fuentes de energía alternativas que sean menos contaminantes o dañinas, más renovables y más técnicamente administrables. Algunas fuentes como el viento y la energía solar están más disponibles a nivel mundial, a diferencia de los combustibles fósiles que están concentrados de manera desigual y, por tanto, más fácilmente controlados por los grandes negocios. La energía renovable, por su propia naturaleza, es más óptima para una infraestructura de acceso energético más equitativa y justa. Los sistemas descentralizados pueden proporcionar a las comunidades mejor control sobre la infraestructura energética y, por tanto, mejor acceso a la energía.

Las tecnologías energéticas descentralizadas y renovables son habitualmente más adecuadas para áreas rurales que están lejos de la red, especialmente considerando que el 85% de la gente que no tienen acceso a electricidad está en áreas rurales.

La gobernanza y cooperación internacionales son necesarios para hacer la transición global menos dolorosa, positivamente fortaleciente y más equitativa. El mecanismo internacional para la reducción de gases de efecto invernadero bajo la Convención de Naciones Unidas sobre Cambio Climático –aunque esté tremendamente debilitado por influencia corporativa y del Norte- muestra cómo puede llevarse a cabo una transición global: los países acuerdan objetivos globales y plazos para lograrlos; se diferencian los compromisos entre países desarrollados y en desarrollo; y los países desarrollados son obligados a proporcionar asistencia tecnológica y financiera a los países pobres para ayudarlos a lograr sus objetivos.

La cooperación internacional al desarrollo, las transferencias Norte-Sur y la Cooperación Sur-Sur pueden construirse sobre principios aceptados como la apropiación de país, la democracia y los derechos humanos, ayudando a facilitar la reorientación al largo plazo del desarrollo del sur hacia caminos más sostenibles y más equitativos. Las transferencias de financiación y tecnología ayudarían a estos países a invertir en la diversificación estratégica de sus economías y al desarrollo de sus sectores productivos.

2. ¿Por qué la planificación y toma de decisiones democrática son necesarias para implementar cambios?

La planificación y toma de decisiones democrática en el desarrollo y la producción, que están íntimamente relacionados con la apropiación y el control democráticos (sobre los que se reflexiona en el Punto 3, más abajo), son necesarios para implementar el proceso de transición ecológica descrito arriba.

La apropiación y el control de los recursos, para ser reales y no simplemente formales, deben empoderar a las personas para permitirles decidir o participar en decisiones sobre cómo van a usarse los recursos de acuerdo a sus necesidades, prioridades y objetivos.

Con el estado y las instituciones sociales practicando una planificación y toma de decisiones democrática, las personas pueden participar en el proceso como un todo. Pueden por tanto asegurar que los imperativos sociales como la seguridad alimentaria, la educación, la sanidad, el trabajo y otros aspectos del desarrollo humano –que afectan a todo el mundo pero se sacrificaron hace tiempo en los altares del capitalismo – puedan tener su legítimo papel central en la economía.

La planificación participativa basada en la toma de decisiones democrática permitirá a los países, comunidades y empresas gestionar de manera racional la producción y distribución, dando una consideración meticulosa al uso y asignación de recursos naturales y al impacto medioambiental general, con vistas a asegurar la sostenibilidad económica a largo plazo. A través de la planificación, la economía puede ser dirigida hacia lograr la autosuficiencia; priorizando la demanda doméstica y el consumo local sobre el comercio internacional y los mercados de exportación; incrementando el bienestar público, creando trabajo y sosteniendo medios de vida mientras que se minimiza la energía, el uso de recursos y la generación de deshechos en el proceso.

Por ejemplo, una sociedad consciente de su responsabilidad a la hora de preservar sus recursos para las generaciones futuras puede planear mantener el ratio al que la economía agota recursos y produce deshechos dentro de unos límites seguros y sostenibles; evitar actividades improductivas, derrochadoras de recursos y social o ecológicamente dañinas; y desarrollar mejores modos de renovar recursos y reciclar deshechos. La producción y

gestión planificadas son por tanto herramientas eficaces para un decidido control y administración humanos del medio ambiente, en contraste con la ciega y destructiva explotación del capitalismo.

Aun en el contexto de la apropiación, control, planificación y toma de decisiones democrática, las empresas deben estar tan basadas como sea posible en las comunidades. Las granjas y fábricas deben ser gestionadas democráticamente por los trabajadores y las comunidades a las que sirven de modo que respondan mejor a las necesidades y preocupaciones locales, en vez de ser gestionadas por accionistas distantes y terratenientes ausentes que están lejos de las condiciones locales.

La planificación social a múltiples niveles permite y anima una cooperación beneficiosa en vez de una competición derrochadora entre empresas, sectores, localidades y regiones. Este tipo de planificación y cooperación promueve una mejor distribución de los recursos, diversificación, descentralización y un desarrollo más equilibrado entre regiones y entre áreas rurales y urbanas, logrando resolver los problemas perennes de la expansión y congestión urbanas, del consumo derrochador y de las aberraciones del mercado.

La democracia económica debe traducirse en una distribución equitativa de los beneficios de la producción, y el empleo remunerado para todos y todas debe ser asegurado. El trabajo debe ser valorado y recompensado consecuentemente mientras que la semana de trabajo debe ser acortada tal y como garantizan los niveles de productividad. Sin la necesidad de acumular y crecer sin límites, y con los resultados de la producción más equitativamente distribuidos en la sociedad, la economía puede demandar menos tiempo de los trabajadores y trabajadoras, permitiéndoles y permitiendo a sus familias invertir más tiempo en educación, cultura, recreo, y trabajo voluntario para el bien público.

A nivel internacional, nuevas instituciones cooperativas y acuerdos entre países y regiones son necesarias para una administración, conservación y uso de recursos comunes -tales como la atmósfera, los océanos, los bosques, los ríos, etc.- más responsables, equitativas y sostenibles. Estas instituciones deben estar basadas en principios de equidad y solidaridad entre naciones.

En las relaciones económicas internacionales, los principios de soberanía nacional (incluyendo la soberanía sobre recursos naturales),

autodeterminación, igualdad y beneficio mutuo deben ser defendidos. Los tratados de comercio e inversión que amplían el poder de las Transnacionales sobre las economías del sur y restringen los esfuerzos de los países del sur para perseguir su autodesarrollo deben ser renegociados o derogados. Las instituciones económicas multilaterales son importantes para gobernar y regular las relaciones económicas entre naciones. Sin embargo, la troika dominante (las instituciones de Bretton Woods, la Organización Mundial de Comercio y el G8/G20), que está bajo el control de unos pocos países poderosos, el capital transnacional y las finanzas globales, debe ser aislada y desempoderada.

3. ¿Por qué son la apropiación y el control democráticos sobre los recursos productivos la clave para el cambio de sistema?

La razón por la que las sociedades humanas tienen economías es para que podamos producir y distribuir lo que necesitamos para vivir y para vivir bien como individuos y como comunidades –alimento, abrigo y cobijo, pero también sanidad, cultura y ocio, así como medios colectivos (infraestructura, instalaciones e instituciones) mediante los cuales podamos asegurar la sostenibilidad del sistema-. Esto parece puro sentido común, pero vemos como el capitalismo pone los beneficios sobre la necesidad de tomar decisiones sobre qué producir, como producir y cuanto producir – con resultados devastadores, tal y como se ve en los extremos contrastes entre los distritos obscenamente ricos y los vastos slums atrapados en una pobreza abyecta-.

Los capitalistas son capaces de tomar decisiones de negocio rentables pero fuera de lugar porque controlan los medios de producción básicos (especialmente en las altas finanzas y en la industria), mientras que la gran mayoría de la gente solo tiene medios marginales de subsistencia. Los monopolios financieros e industriales pueden determinar patrones de producción y consumo que afectan a millones de personas a través de su control de recursos naturales y de producción.

Esta desigual estructura de propiedad está detrás de la dinámica de beneficio que provoca destrucción medioambiental, así como explotación, desigualdad, pobreza generalizada y opresión.

Por tanto, para transformar la producción de cara a que sirva a las necesidades e intereses generales de la mayoría de la población en cada

sociedad, la propiedad y control de los medios de producción debe ser democratizada. El alcance de los regímenes de los derechos de propiedad debe moverse decididamente lejos de un énfasis abrumador en derechos de propiedad privados y orientados al capitalismo hacia formas de propiedad, control y administración más democráticas, cooperativas y basadas en la comunidad.

Al mismo tiempo, los países y los pueblos del sur global, que comprenden el grueso de la población del mundo, deben reclamar el control soberano de sus recursos productivos y naturales y desligarlos de las estructuras del capitalismo monopolista de cara a que sean utilizados para su propio desarrollo autodeterminado.

Los países agrarios y las comunidades agrícolas pueden hacer esto rompiendo el control monopólico de los gigantes del agronegocio y los grandes terratenientes sobre la tierra, el agua, las semillas y los animales, las fuentes de energía y otros insumos y activos de producción. A través de reformas agrarias y rurales estos recursos deben ser redistribuidos a aquellos que realmente los hacen productivos, o a aquellos cuyos medios de vida dependen de dichos recursos. Los beneficiarios primarios de estas reformas deberían ser las masas de pequeños productores, con especial énfasis en las mujeres, los pueblos indígenas y otros sectores marginados. Los programas de desarrollo rural deben mejorar y no socavar estas reformas. La producción de alimentos debe orientarse principalmente a cubrir las necesidades de las comunidades locales y la autosuficiencia nacional. El acceso a la alimentación debe estar basado en el derecho absoluto a una alimentación para todas las personas –alimentación que sea nutritiva, segura, culturalmente apropiada y asequible.

Resistir y finalmente romper el control monopolístico de las Corporaciones Transnacionales del Agro permite a los países y comunidades partir de un sistema orientado a los beneficios de producción de alimentos y agricultura industrial hacia una producción agroecológica que priorice el logro de la seguridad alimentaria y la autosuficiencia, creando empleo rural y satisfaciendo las demandas de los hogares e industrias domésticas, a la vez que se asegura la sostenibilidad a través de la práctica de principios ecológicos.

La tenencia igualitaria y cooperativa de la tierra y de los sistemas de uso de la tierra deben ser promovidas para asegurar el control colectivo

y el uso ecológicamente sostenible de la tierra, el agua, los bosques y los recursos marinos por comunidades de agricultores, pescadores, pastores y economías mixtas locales. Una vez sea asegurada una tenencia segura de los recursos, los agricultores y otros pequeños productores podrán cuidar mejor la tierra y sus recursos, conservando la biodiversidad y protegiendo la salud de los ecosistemas a largo plazo.

Asimismo, el control de los grandes negocios en los principales impulsores de la economía, empezando por las industrias y servicios estratégicos, debe ser desmantelado.

En particular, el sector energético (de la extracción a la producción y distribución) – que es esencial para la economía y el medio ambiente- debería ser de propiedad principalmente pública. Ese tipo de propiedad permitiría al público ejercer un control democrático sobre la revisión de los sistemas energéticos existentes –fundamentalmente basados en combustibles fósiles, fisión nuclear y grandes presas hidroeléctricas- hacia sistemas energéticos sostenibles y generalmente de pequeña escala. Sobre esa base, las comunidades podrán elegir entre una combinación de fuentes de energía renovables y más gestionables como la solar, eólica, geotérmica, mini-hidroeléctrica, mareomotriz y biomasa, a la vez que se promueve un menor consumo y más eficiencia energética.

La propiedad pública será también la base para desarrollar y promover sistemas de transporte en diversas escalas, desde transporte de largo alcance por tierra, mar y aire a servicios de transporte en distancias cortas dentro de una región, metrópolis o distrito rural, con énfasis en el transporte de masas. La industria automotriz debería ser recuperada inmediatamente por el estado y todo el sector de transportes debería ser regulado para desincentivar vehículos privados ineficientes y contaminantes, a la vez que se animan sistemas de transporte personales que usen energía limpia y tengan una menor huella ecológica. Esto ayudará a descongestionar carreteras, mejorar la salud, reducir emisiones de carbono y liberar recursos fundamentales para usos más importantes.

El sector financiero es otro sector estratégico que debe ser inmediatamente puesto bajo control público, aunque solo sea para acabar con la especulación financiera y subordinar las finanzas a las necesidades de la economía real. Poniendo a los bancos bajo control público los recursos financieros pueden ser racionalmente redirigidos hacia inversiones urgentemente necesitadas

en servicios sociales (sanidad pública, educación y vivienda digna) así como inversiones en energías renovables, transporte público, agricultura sostenible y producción baja en emisiones de carbono.

4. *¿Qué quiere decir “modo de vida sostenible”, y como realizamos el cambio?*

Cambiar hacia un modo de producción más ecológicamente sostenible y socialmente equitativo implica una redefinición del desarrollo humano más allá del paradigma dominante que equipara bienestar con más riqueza y mayor consumo. En el sistema mundo capitalista, en el que billones de personas han sido condenadas a depender del mercado y jugar al juego del consumo para satisfacer sus necesidades básicas, el sobre consumo, el dinero y los bienes se vuelven sustitutos del bienestar. Al explotar a la gente, el capitalismo también lleva a una eterna persecución de dinero y bienes de consumo, con el “bienestar, el éxito y la libertad” como el caldero de oro prometido al final del arco iris.

Las empresas que producen bienes y proveen servicios, los minoristas que ofrecen rebajas y chollos, los publicistas y los medios de comunicación que establecen nuevos gustos y novedades, y los bancos que ofrecen préstamos a la gente para inflar su capacidad adquisitiva –todos ellos animan a un insaciable apetito consumista por el “más de lo mismo”, por lo último y más “molón”, especialmente en las economías ricas del Norte. Ello significa más derroche, un más rápido agotamiento de recursos y más desechos incontrolables, sin proporcionar una auténtica satisfacción humana. De hecho, el frenesí consumista, como una adicción destructiva, lleva a resultados completamente opuestos, tal y como se observa en problemas sociales que van desde la obesidad a las casas vacías, de los contenedores rebosantes a los disturbios causados por ladrones, desde los atascos de tráfico a las modas decadentes.

Una mínima base de bienestar material es indispensable. Pero por supuesto hay un óptimo. Las personas tienen un límite natural de consumo; solo pueden consumir determinada comida, llevar determinada ropa y usar determinados servicios al día. En otras palabras, las necesidades materiales individuales son saciables y por tanto pueden ser satisfechas de manera sostenible.

En un sistema social alternativo basado en la sostenibilidad e igualdad, en el que las necesidades reales de la gente tengan prioridad, lograr el bienestar va más allá de la producción y provisión del bienestar material. El objetivo más alto es el desarrollo del potencial humano, a través de la educación, la cultura y la participación en la vida comunitaria. Esforzarse por el desarrollo humano significa un esfuerzo más consciente y colectivo para equilibrar los indicadores cuantitativos y cualitativos, y aspectos materiales con aspectos culturales, sociales y espirituales del bienestar. Este enfoque radicalmente diferente impone una demanda menor sobre la carga del planeta; al mismo tiempo, proporciona una base más profunda y sostenible para la realización y el desarrollo humanos.

Los desafíos y caminos para lograr una vida sostenible difieren de país a país, pero especialmente lo hacen entre el Norte Global y el Sur Global.

En los avanzados países industrializados el desarrollo económico ha alcanzado un punto en el que los niveles de producción y consumo han sobrepasado de largo las necesidades reales de su población. Y, sin embargo, un gran número de personas en el Norte está desempleada o infraempleada y se le niega el acceso a una buena educación, sanidad, vivienda y otras necesidades sociales –de ahí la popularidad del eslogan “somos el 99%”. Ello muestra que la persistente pobreza es fruto de una irracional distribución de recursos más que de una baja capacidad productiva. De hecho, la sobreproducción y el sobreconsumo son problemas reales en este contexto.

Por ejemplo, en un estudio de indicadores sociales y económicos en 20 economías ricas, los epidemiólogos Richard Wilkinson y Kate Pickett encontraron que las medidas de bienestar o felicidad no se elevan paralelamente al crecimiento económico. De hecho algunos indicadores, como los índices de depresión y ansiedad, han crecido durante los últimos cincuenta años. Los autores concluyen que mientras que los niveles personales de consumo y acumulación material se incrementan más allá del nivel aproximado de satisfacción, confort y seguridad, el sentimiento de felicidad y bienestar no se incrementa continuamente al mismo nivel y puede de hecho disminuir a causa de los crecientes niveles de estrés.

Tal y como otro analista sugiere, “para las sociedades que a día de hoy se unen a las imágenes enfáticas de “la buena vida” basada en el híper consumo de mercancías, las nuevas estrategias para el menor uso de recursos, menor acumulación y estándares de vida más modestos se vuelven argumentos

para una mayor realización personal, menos estrés, más tiempo con la familia, amistad, naturaleza, creatividad, recreación y ocio que actualmente son escasos. Verdaderamente, entre las sociedades sobre consumistas del presente, menos podría ser más” .

En el estudio de Wilkinson y Pickett los investigadores encontraron que entre los países ricos una mayor igualdad es la clave para que se den mejoras en la calidad de vida, más que un mayor crecimiento económico. Una implicación clave es que en los países industrializados, el desarrollo humano sostenible necesita una mayor redistribución de recursos tanto dentro de estos países como hacia los países menos desarrollados del Sur. En otras palabras, el desafío en el Norte es como pueden reducir el consumo de recursos dentro de límites sostenibles y en el contexto del logro de una verdadera igualdad social.

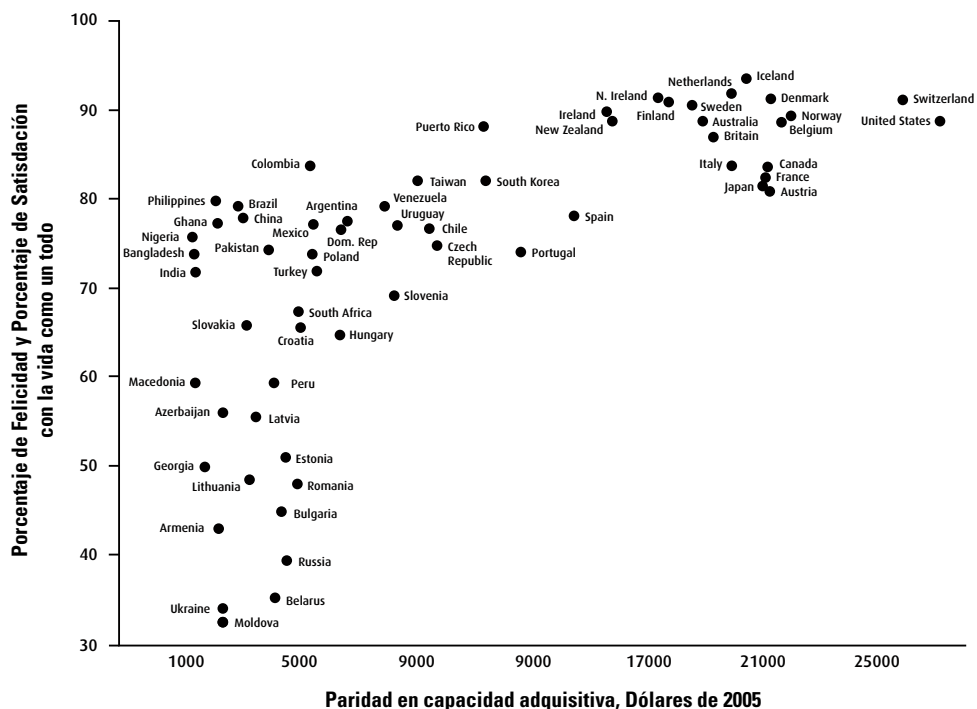
Mientras tanto, en el Sur global solo una pequeña minoría de la población disfruta de estándares materiales de vida comparable a aquella de las clases medias o altas del Norte. La inmensa mayoría sufre condiciones deshumanizantes de hambre, pobreza, desempleo, falta de hogar, falta de acceso a servicios esenciales, inseguridad y violencia. Así que mientras un crecimiento desenfadado, una industrialización desbocada y un consumismo inconsciente provocan la crisis ecológica global, los países en desarrollo se ven enfrentados con el desafío de desarrollar sus capacidades productivas en la agricultura, industria y sectores clave para proporcionar los bienes materiales y servicios que satisfagan las necesidades básicas de sus poblaciones, y ello sin seguir siendo dependientes del capital extranjero, del comercio desigual, de préstamos injustos y de la ayuda condicionada.

Los países pobres necesitan desarrollar la producción agrícola para alimentar a su gente, crear suficientes trabajos, medios de vida e ingresos rurales, producir materias primas para la industria, incrementar la capacidad adquisitiva y generar excedentes para la reinversión. Necesitan desarrollar industrias para producir bienes y servicios de consumo básicos así como para proporcionar bienes y servicios a los productores (maquinaria, bienes intermedios, energía, etc.) para la industria, la agricultura, mercancías y servicios

Con una agricultura desarrollada como base, una industrialización nacional completa creará empleo, incrementará aun más el poder adquisitivo de la gente y mejorará la capacidad económica, tecnológica, científica,

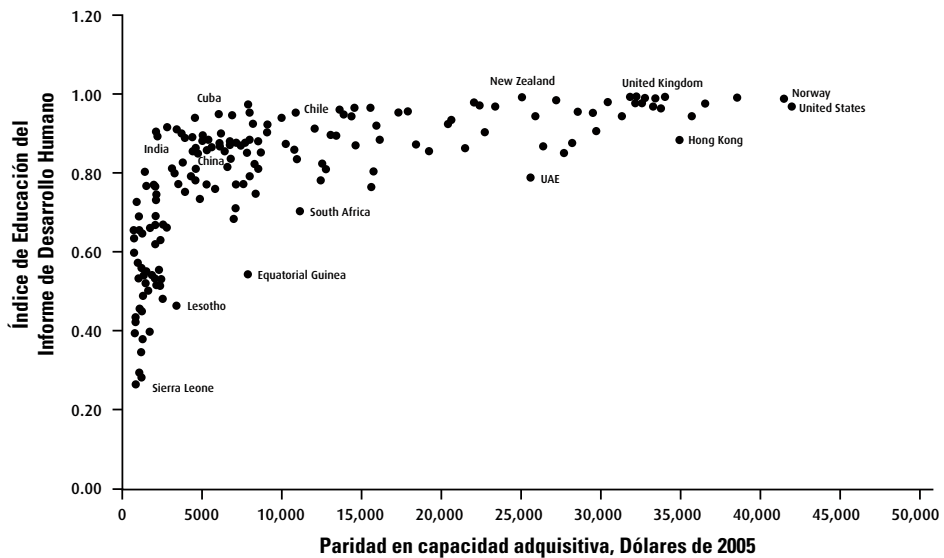
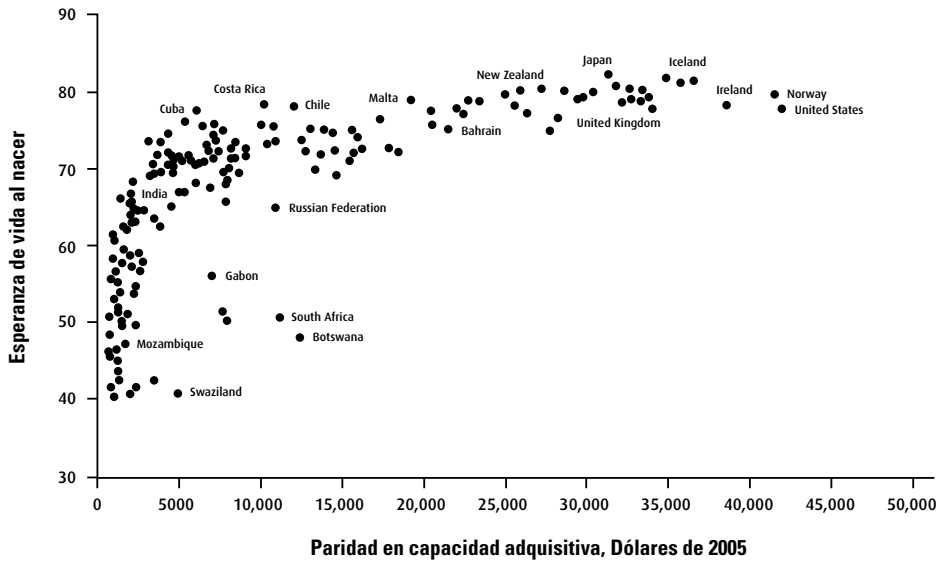
cultural, gubernativa y militar del país. Como mínimo unas vibrantes y equilibradas agricultura e industria incrementarán inmediatamente la capacidad de las naciones en desarrollo a la hora de proveer servicios esenciales como sanidad, educación, vivienda, trabajo público, transporte público y comunicaciones. En otras palabras, el desarrollo económico del Sur global debería traducirse necesariamente en niveles crecientes de producción y consumo en comparación con el presente. Esto tendría un impacto inevitable en el medio ambiente. Debe ser tratado no como un problema de post-desarrollo si no incluido dentro del programa de desarrollo sostenible de cada país.

Más allá de un cierto punto, el incremento de los ingresos deja de traducirse en mejoras proporcionales en el bienestar



Fuente: Tim Jackson, Prosperity without growth? Transition to a sustainable economy, (Sustainable Development Commission, 2010)

Más allá de un cierto punto, el incremento de los ingresos deja de traducirse en mejoras proporcionales en el bienestar



Fuente: Tim Jackson, Prosperity without growth? Transition to a sustainable economy, (Sustainable Development Commission, 2010)

PARTE 3

El papel clave de los movimientos sociales en el cambio social

1. ¿Cuál es el papel general de los movimientos sociales en la sociedad?

Los movimientos sociales son grandes catalizadores del cambio social.

La mera existencia –de hecho, la persistencia y proliferación– de movimientos sociales en los dos últimos siglos, periodo que también representa el apogeo del capitalismo, es suficiente indicador de que un mundo que ha sido largamente dominado por este sistema económico necesita cada vez más un cambio de sistema radical.

Por una parte, los movimientos sociales expresan un claro grado de descontento entre las personas que las instituciones y procesos estatales establecidos ya no pueden remediar. Pero, por otra parte, estos movimientos también indican la esperanza de las personas de que sus problemas pueden ser resueltos y sus aspiraciones satisfechas a través de sus propias iniciativas y canales de acción que ellas mismas definen.

En el mundo moderno, esto habitualmente significa canalizar iniciativas locales y populares entre comunidades, lugares de trabajo, escuelas y, crecientemente, espacios online, y darles la forma de acciones coordinadas a niveles más altos (subnacional, nacional e internacional). Dichas acciones habitualmente pretenden influenciar decisiones y acciones del estado, corporaciones, agencias multilaterales y otras instituciones poderosas en la sociedad.

Los movimientos sociales por tanto recurren a actividades organizadas y sostenidas de un gran número de gente sobre una serie de problemas sociales específicos, reforma de agendas políticas, listas de demandas concretas o proyectos sociales comunes. Ostensible o idealmente, un movimiento social representa el interés común de un grupo mayoritario en la sociedad, toma su mandato y fuerza de ese grupo, que de ese modo se convierte en su representado.

Al mismo tiempo, a la vanguardia o en el núcleo de dicho movimiento hay habitualmente una organización o red de grupos organizados que llega a la mayoría social a través de campañas de información y educación, incidencia política y campañas de presión, así como un repertorio de acciones directas.

Los movimientos sociales han existido desde que los estados permitieron a sus gentes márgenes para la acción política independiente. Al mismo tiempo, los movimientos sociales pueden alcanzar un punto en el que se conviertan en un desafío para el estado y un catalizador para el cambio de sistema. Hay que recordar que algunos movimientos milenaristas, la propia cristiandad en sus primeros pasos, los clubes políticos del París previo a la revolución francesa, la resistencia anti-impuestos que culminó en el Boston Tea Party, los Luditas, los sindicatos, etc. tomaron el carácter de movimiento social por muchos años, ganaron fuerza y finalmente jugaron papeles fundamentales en revueltas sociales que transformaron las sociedades radicalmente a lo largo de continentes.

Los movimientos sociales finalmente gravitan hacia un modelo o paradigma de desarrollo consistente con su marco para el cambio social o sus plataformas de incidencia que sea también aceptable para sus representados. Elaboran un sentido sobre cómo pueden influenciar o dirigir exitosamente el cambio social mientras este se desarrolla. Esta hoja de ruta debe incluir estrategias para responder a las instituciones dominantes de la política y el gobierno —el estado, las agencias multilaterales, las corporaciones e incluso los medios.

2. ¿Cuáles son los roles actuales del movimiento social en el cambio de sistema?

Los últimos años han visto una masiva oleada de acción ciudadana en muchos países, tanto del Norte como del Sur. Las acciones más apoyadas y coherentes han hecho un llamamiento explícito o implícito para el cambio de sistema, sobre la clara premisa de que el sistema actual ha fracasado a la hora de solucionar las crisis sociales y ecológicas multidimensionales. La mayoría de estas acciones son la cara visible de movimientos sociales de larga trayectoria apoyados por asociaciones de campesinos, sindicatos de trabajadores, grupos urbanos y redes de jóvenes y mujeres, pueblos indígenas y otras minorías, grupos religiosos y, crecientemente, parlamentarios y partidos políticos.

A lo largo de Europa y América del Norte, movimientos sociales generales (“Occupy” o el “Somos el 99%” en EEUU, los Indignados y grupos similares en Europa) están organizando manifestaciones gigantescas, huelgas generales de trabajadores, ocupaciones de plazas públicas y otras protestas. Se centran en las medidas de austeridad de sus gobiernos, el alto desempleo, las desigualdades sociales, el excesivo poder corporativo y sistemas políticos corruptos.

En los países del Sur global, movimientos sociales aún más persistentes están liderando una amplia gama de acciones ciudadanas, incluso si muchas de ellas no han sido resaltadas y seguidas por los medios de masas. En los últimos dos años, entre los más destacados podemos encontrar las protestas y levantamientos de la Primavera Árabe, las huelgas generales en Asia del Sur y manifestaciones estudiantiles masivas en Chile. El activismo campesino y obrero estalla constantemente en muchos países de África, América Latina y Asia, incluyendo China.

Estas protestas populares son muestras de una acción democrática y movimientos sociales más grandes y sostenidas en los próximos años. Estas protestas ya no expresan solo respuestas a la crisis, si no que cada vez más implican un profundo entendimiento de la crisis y una visión más consciente de la necesidad de cambio social. Por tanto, los movimientos sociales deben continuar enlazando y combinando los problemas y luchas de las personas hacia una plataforma integrada que reivindique no solo reformas medioambientales, sociales y económicas específicas si no un cambio completo de sistema.

Los movimientos sociales aparecen habitualmente como si hubiesen proliferado de un día a otro, como si las mismas ideas de repente brotasen al mismo tiempo en las mentes de millones de personas, o gracias a las herramientas de los medios sociales de Internet. Así es como efectivamente muchas noticias parecen retratar la Primavera Árabe o el movimiento Occupy. Pero esto es engañoso. A lo largo de los años los movimientos sociales más perseverantes y visionarios han estado impulsando sus visiones y programas alternativos para la transformación social a través de esfuerzos incansables de organización y movilización de bases. Más movimientos sociales deberían comenzar o volver a hacerlo, si es que no lo han hecho ya.

Las plataformas y agendas están definidas por las bases. Los trabajadores naturalmente gravitan en torno a los problemas y demandas de los sindicatos, los pequeños agricultores sobre la reforma agraria, etc. Pero al mismo tiempo, las organizaciones deben implicarse más en la investigación social y científica, el discurso constructivo y los debates críticos, así como buscar puntos de acuerdo con otros grupos organizados para lograr un mayor y más completo entendimiento y consenso sobre el cambio de sistema. Al final, las plataformas o las agendas pueden también transformar a las bases, lo cual es un avance social cuando los movimientos sociales se convierten en movimientos políticos.

En el proceso, más movimientos sociales deben presionar a gobiernos, corporaciones y otras instituciones de gobierno a nivel nacional – ejerciendo oposición y políticas de presión para lograr reformas políticas a la vez que promueven activamente alternativas concretas que las personas puedan comenzar a construir de abajo a arriba.

Hay países que durante mucho tiempo han resistido el acoso de los poderes neocoloniales y que han persistido en la construcción de alternativas al capitalismo de abajo a arriba, como Cuba. Incluso si estos países luchan con sus propias imperfecciones y problemas de transición, son crecientemente considerados por otros estados y movimientos sociales como vanguardias en la búsqueda del cambio social, deben de hecho ser crecientemente desafiados para que al menos avancen hacia el reconocimiento de la necesidad de un cambio de sistema y de un papel positivo de los movimientos sociales.

En el análisis final, sin embargo, todos los movimientos sociales deben darse cuenta de que no pueden esperar reformar un sistema capitalista llevado por crisis solo poniendo en marcha mejoras “pieza a pieza” –como

si fuese solo una cuestión de renovar una casa mientras se mantienen sus cimientos y estructuras básicas intactas. Los capitalistas monopolistas y sus máquinas políticas no permitirán fácilmente el colapso del desacreditado sistema. Frente a una violencia estatal de gran escala contra sus propios ciudadanos, los movimientos sociales puede que no tengan más elección que convertirse en heraldos de la revolución social, tal y como ha ocurrido y está ocurriendo en muchos países.

Incluso, los movimientos sociales, especialmente aquellos que representan a los pobres y marginados, que conforman el grueso de la población en la mayoría de los países, deben estar preparados para unirse e incrementar sus esfuerzos hacia el cambio de sistema respondiendo directamente a la cuestión del poder estatal y el control de economías nacionales. En base al poder de sus pueblos y movimientos sociales, cada país debe reivindicar su soberanía nacional sobre la que pueda determinar libremente su propio camino hacia el auto desarrollo, especialmente frente a intentos de última hora por parte de los países imperialistas y sus líderes neoliberales por arrancar la ola de cambio social global.

Existe una creciente conciencia sobre el rápido empeoramiento de la crisis ecológica global, así como sobre que la actividad humana es la principal responsable del mismo. Esta conciencia está llevando a un aun mayor reconocimiento de la necesidad –y urgencia- de cambios profundos y sistémicos en la sociedad.

Este Informe de IBON analiza las profundas causas sociales de la crisis ecológica. Reconsidera como el vínculo entre la humanidad y la naturaleza se volvió problemático bajo el sistema capitalista de producción predominante, especialmente cuando este evolucionó hacia el capitalismo monopolista o el actual imperialismo moderno. Sostiene que solo con un cambio radical en el modo en que organizamos nuestros sistemas económicos y sociales –en resumen, a través de un cambio de sistema- es posible restaurar esta relación en una dirección sostenible.

El informe describe la sociedad sostenible e igualitaria del futuro, donde las personas ejercen un control democrático sobre los recursos naturales y productivos y son re-empoderadas para planear conscientemente la economía de cara a que sirva a sus necesidades y aspiraciones de desarrollo. Perfila los requisitos para lograr esto, y debate el rol crucial de los movimientos sociales a la hora de llevar a cabo el cambio de sistema.

Notas

1. Thomson Prentice, "Health, history and hard choices: Funding dilemmas in a fast-changing world," Global Health Histories, World Health Organization, 2006. Presentación de Power Point. Consultado el 30 de Mayo de 2012. http://www.who.int/global_health_histories/seminars/presentation07.pdf
2. WWF, *Living Planet Report 2012* (WWF International: Gland, 2012), 8-9.
3. Johan R ockstrom et al., "A safe operating space for humanity," *Nature* (461: 472-475).
4. UN Development Program, *Human Development Report 1999: Globalization with a Human Face* (UNDP: New York, 1999).
5. Richard Wilkinson and Kate Pickett, *The Spirit Level: Why More Equal Societies Almost Always Do Better* (Allen Lane, 2009).
6. Robert Costanza, "A New Development Model for a 'Full' World," *Development* 52, no. 3 (2009): 369-376.



Existe una creciente conciencia sobre el rápido empeoramiento de la crisis ecológica global, así como sobre que la actividad humana es la principal responsable del mismo. Esta conciencia está llevando a un aun mayor reconocimiento de la necesidad—y urgencia—de cambios profundos y sistémicos en la sociedad.

Este Informe de IBON analiza las profundas causas sociales de la crisis ecológica. Reconsidera como el vínculo entre la humanidad y la naturaleza se volvió problemático bajo el sistema capitalista de producción predominante, especialmente cuando este evolucionó hacia el capitalismo monopolista o el actual imperialismo moderno. Sostiene que solo con un cambio radical en el modo en que organizamos nuestros sistemas económicos y sociales—en resumen, a través de un cambio de sistema—es posible restaurar esta relación en una dirección sostenible.

El informe describe la sociedad sostenible e igualitaria del futuro, donde las personas ejercen un control democrático sobre los recursos naturales y productivos y son re-empoderadas para planear conscientemente la economía de cara a que sirva a sus necesidades y aspiraciones de desarrollo. Perfila los requisitos para lograr esto, y debate el rol crucial de los movimientos sociales a la hora de llevar a cabo el cambio de sistema.